



## ¿CUAL ES LA SANTIDAD DE JESUS DE NAZARET?

J. M. Rovira Belloso

El P. Rovira profundiza en el significado de la santidad cristiana fijando la mirada en el paradigma de toda santidad: Jesús, el Cristo. Este trabajo fue publicado originalmente en *CONCILIUM*, 149, Noviembre 1979.

### 1. Una pregunta impertinente encubre un tema serio

Con muy poco tiempo de diferencia he visto cómo se planteaba en círculos teológicos y, más indirectamente, en una revista de diálogo sacerdotal la siguiente pregunta sorprendente: ¿sería canonizado hoy día Jesús de Nazaret?

Esta pregunta, tomada al pie de la letra, puede ser rápidamente despachada como impertinente e incluso como absurda. En efecto, la existencia santa de Jesús funda todo criterio de santidad, y no viceversa: ningún criterio preestablecido acerca de la santidad puede discernir si Jesús fue santo o no lo fue.

Ahora bien, ya es un mérito de esa agresiva pregunta el que nos obligue a subrayar, con el máximo relieve, el hecho de que la figura insólita e irreductible a fórmulas de Jesús

de Nazaret sea la imagen y el criterio supremo de la santidad.

La pregunta ofrece, por otra parte, una carga crítica digna de consideración: suscita implícitamente la comparación entre la "santidad genial y arrebatada" de Jesús y los modelos y criterios más o menos convencionales de santidad que a veces expresamos mediante fórmulas un tanto simplificadas, tales como "se limitó a cumplir su regla con la ayuda de la gracia de Dios" o "simplemente supo sufrir con paciencia", etc. En esta perspectiva, la pregunta acerca de las posibilidades de canonización que tendría hoy Jesús adquiere este nuevo matiz crítico: ¿por qué la existencia santa del Mesías desborda todos los moldes establecidos de santidad, incluso la de algunos santos canonizados de la época moderna y actual, que distan mucho de tener la significación antropológica -de cara a todos los hombres- y la significación evangélica -de cara a los creyentes y seguidores- que tuvo la santidad del Maestro?

La inquietante pregunta señala, por fin, un último punto más rico en contenido teológico: ¿cuál es, precisamente, la santidad de Jesús de Nazaret? Esta segunda pregunta, de la que se ha desprendido ya la carga polémica hacia los modelos de santidad que ofrecen ciertas canonizaciones recientes, tiene mucha más relación con la historia real de Jesús. El problema es éste: fueron los justos -los "santos"- de su época quienes le condenaron; no los pecadores reconocidos. Si ello es así, hay que preguntarse cuál era la calidad de esa santidad que tanto desconcertó a quienes tomaban en serio la religión: a las legítimas autoridades del judaísmo y a los virtuosos de su tiempo.

¿Fue tan sólo la cerrada mala voluntad de esos hombres que se tenían por justos la que motivó su actitud de incompreensión ante aquel Jesús desconcertante que irrumpía en su mundo religioso con el halo de una pretensión mesiánica? ¿O era, acaso, la santidad peculiar de Jesús la que tenía en sí misma ese poder de desconcertar?

La verdadera cuestión que debemos abordar es, por tanto, la siguiente: ¿qué característica específica posee la santi-

dad de Jesús, que no solamente vulneró los modelos de santidad que poseían sus contemporáneos -hasta el punto de provocar su hostilidad y condena-, sino que, aún hoy día, se nos presenta como desconcertante?

Este es el tema de nuestro trabajo.

## 2. Jesús desconcierta a sus contemporáneos

La santidad de Jesús puede presentarse como algo armónico. Pero no como una armonía que excluya las disonancias. Al contrario: tal como ocurre con el célebre cuarteto de Mozart, la existencia santa de Jesús aparece como una armonía superior que ha integrado "le disonanze".

Si se quiere poner otra imagen procedente del campo científico, se podría comparar la santidad de Jesús a las fórmulas de la relatividad, en las que, además de las tres dimensiones del espacio, juega la velocidad-tiempo. Y no solamente del objeto que se mueve, sino del continente que lo envuelve. Con esta comparación se quiere indicar que, en Jesús, no solamente juega el abanico de sus dimensiones humanas, sino la irrupción de la dimensión trascendente o divina, esa cuarta dimensión que constituye el secreto de la existencia de Jesús, sobre la que gravita el empuje dinámico de ese "envolvente" que es el amor del Padre. El elemento desconcertante aparecerá en grado sumo cuando se vea que esta cuarta dimensión trascendente tiene una relación muy inesperada con la historia de los hombres.

Todo esto lo podemos apreciar en concreto al comienzo del Evangelio de Marcos, cuyo capítulo señala con énfasis la irrupción de la doctrina y del "poder" del Mesías y cuyo fragmento subsiguiente (Mc 2,1-3,6) presenta, en cinco escenas, unos "dichos" (*logía*) y unas acciones de Jesús que realmente desconciertan.

Son las cinco escenas en las que Jesús perdona los pecados paralítico, come con los pecadores, da la razón a los que no ayunan mientras elogia el vino nuevo en los odres nuevos, afirma su señorío sobre el sábado y, finalmente, "quebranta" el sábado llevando su salvación al hombre de la ma-

no paralizada.

Decir que el desconcierto de los contemporáneos de Jesús proviene de que su palabra y su acción están marcados por la paradoja me parece que no ilumina todavía el centro de la cuestión, a menos que se pueda señalar en qué consiste esta paradoja. A menos que se señale cuál es el contenido, paradójico si se quiere, de la palabra y de la acción de Jesús que provoca el desconcierto de quienes le escucharon y fueron sus testigos oculares. ¿De qué contenido se trata?

Si Jesús se hubiera limitado a invocar el perdón de Dios en vez de ser él mismo quien perdonaba, si hubiera alabado la tradición en vez de alabar lo nuevo, si hubiera discriminado a los pecadores como ingratos a Dios y hubiera evitado su compañía, limitándose a comer con los "justos" como gesto inequívoco de que iba a formar la comunidad de los santos, si hubiera dicho que nada había más sagrado que el sábadó porque era el día del descanso de Dios y se hubiera limitado a observarlo en vez de mostrarse Señor del mismo con palabras y con obras, si hubiera hecho todo esto, entonces Jesús no habría desbordado ni los límites de la santidad tal como era entendida por el judaísmo observante ni los límites del buen sentido.

¿Podría deducirse de esta primera aproximación que el propósito de Jesús consiste en contradecir paradójicamente el buen sentido religioso o en transgredir, de modo fáustico o prometeico, las observancias religiosas y legales?

Es verdad que hay "para-doxa" (opinión al margen de la opinión más común). Es verdad que hay transgresión de la "devoción legal". Pero creo que no es éste todavía el contenido de la santidad del Mesías.

### 3. En qué consiste el elemento desconcertante de la santidad de Jesús.

El contenido esencial y específico de la actitud de Jesús en estas narraciones del segundo Evangelio, y en otras parecidas, creo que se encuentra -en primer lugar- en que

Cristo, más que proponerse la realización de una obra legal o piadosa para complacer a Dios, se constituye él mismo en centro de la vida divina y de la salvación de Dios para los hombres. Y, en segundo lugar, en que estos hombres son los pecadores, los pobres, los arrebatados por espíritus malignos, los marginados, en una palabra, los hombres faltos de plenitud.

a) El hecho de que Cristo se constituya como centro expansivo de la vida y salvación de Dios supone la irrupción en este mundo de algo nuevo que lo trasciende.

Supone la irrupción del amor de Dios que perdona; supone que Jesús es el centro de una comunidad que atrae, acoge y reúne a los pecadores; supone que él se constituye como esposo que alegra a sus amigos en la fiesta de sus bodas; supone que él es el Señor del sábado y que de él emana la salvación para todo el hombre.

Esta cualidad central de Jesús podría expresarse, en un grado teológico más elevado, mediante las famosas frases del tipo "Yo soy", propias de san Juan: yo soy el perdón; yo soy el centro de la comunidad de los pecadores; yo soy el Esposo; yo soy el Señor del sábado; yo soy la salvación y la vida.

Esta calidad de la existencia de Jesús permite hablar de la irrupción de la santidad de Dios mismo en la humanidad. Y hace de Jesús, más que el hombre que se esfuerza por cumplir la ley en su letra o que sitúa la observancia religiosa como valor supremo, el hombre que manifiesta y expresa en su persona, palabra y acción, el amor gratuito y salvador de Dios hacia el hombre falto de plenitud.

No puede olvidarse que esta cualidad "ontológica" -de superplenitud- propia de la santidad de Jesús constituye un primer elemento de choque -la irrupción de lo divino en tal hombre- que aparece como paradójica y desconcertante: buena prueba de ello son los capítulos 6 a 8 de san Juan.

b) Pero esta irrupción de lo divino va acompañada de un segundo elemento desconcertante, en tanto que la plenitud y

el "poder" de Jesús buscan prioritariamente el levantamiento del "no-hombre" que se realiza a partir del anonadamiento de Jesús, el Cristo.

Desconcertante es, en efecto, la dinámica descendente que conduce al "anonadamiento del poder" en Jesús. No predica en Atenas ni en Roma, sino "junto al Lago". En una tierra sin prestigio ("Galilea de los paganos") y sin cultura. No predica desde arriba, sino desde abajo. En solidaridad con los que no cuentan ni tienen poder.

Nos damos cuenta de que lo verdaderamente desconcertante no es tan sólo la irrupción de lo divino en Jesús, sino la presencia de Jesús en compañía de los que no cuentan. Jesús no se coloca junto al César, sino en el lugar de las víctimas de la sociedad.

El movimiento y el relieve de la sociedad se acusan en Jesús en negativo, porque él ocupa el lugar del hambriento y del sediento, de quien no tiene casa y del que está enfermo o preso. Jesús, en definitiva, ocupa en la escala social el lugar del condenado a muerte por el delito religioso de blasfemia o por el delito civil de sedición. "Sólo aquellos que han caído de rango y a los que se persigue, el centinela perdido o el soldado al que se entierra..., los que son menos libres, esos son los que encarnan la libertad", dice Adorno. En el fondo de estas palabras parece resonar la paradoja que Pablo atribuye a Jesús: "Se hizo maldición para liberarnos de la maldición de la ley". Jesús aparece simplemente "el último", y sus palabras aparecen también como las "últimas palabras": como las de quien es apartado de la vida.

c) Pero el hecho de que Jesús actúe desde abajo, desde la base de los humillados y en el sentido de la liberación que procede del amor (ver Sal 18,20), da lugar al tercer elemento desconcertante, después de la superplenitud y del anonadamiento: es el elemento de la transgresión.

Desde arriba pueden cambiarse las leyes cuando no consiguen ya la finalidad para la que fueron promulgadas. Pero

¿qué ocurre cuando la ampliación o la sublimación de la finalidad de la ley se realiza desde abajo? Se manifiesta entonces, a los ojos del observador, como transgresión de lo establecido.

¿Por qué aparece "transgredido" el sábado? Porque, para Jesús, la ley es ciertamente importante, pero aún lo es más la nueva finalidad de la ley que él mismo establece al constituirse como medida del hombre nuevo.

De la ley puede decirse que es el intento de delimitar en general y en abstracto las exigencias que emanan de la realidad que está pidiendo ser respetada. La ley es como una aproximación objetiva a esa realidad e indica genéricamente la respuesta que debemos dar si queremos reconocer, respetar o apoyar esa realidad. Pero la ley ni puede captar toda la riqueza de lo real, ni puede señalar en plenitud las supremas finalidades del derecho, ni puede dibujar en concreto la respuesta más adecuada que esta realidad pide.

En cambio, cuando Jesús dice que él es el Señor del sábado está señalando la finalidad suprema de la ley. El no entroniza el subjetivismo ni la anomía (la ausencia de todo ley). Pero está afirmando que él mismo es la medida última del hombre y, por tanto, también la medida de la observancia de la ley del sábado. Lo que interesa no es que el hombre cumpla materialmente el reposo sabático, sino que llegue a la medida de la nueva creación que es Jesús, el hombre nuevo. Por eso, para Cristo, la ley es importante, pero el valor supremo no es cumplimiento material, sino la salvación concreta de las personas.

Y, precisamente, en vista de este valor supremo -salvar al hombre de su pecado, de su enfermedad o soledad, de su hambre y su sed-, aparece "transgredido" el sábado.

Es una transgresión por "desbordamiento": por desbordamiento del Espíritu en Jesús que se sitúa en el lugar del "no-hombre". No es una simple transgresión legal: esto explicaría el famoso *logion* que el Código del siglo VI (Beza-

Cantabrigensis) consigna en Lc 6,5: "El mismo día, habiendo visto a uno que trabajaba en sábado, le dijo: 'Hombre, si sabes lo que haces, eres bienaventurado; pero si no lo sabes, eres pecador y transgresor de la ley'". La transgresión prometeica o la irresponsable no entran en los propósitos de Jesús.

Pero la irrupción del amor del Padre en Jesús, la unción del Espíritu con que el Padre ha sellado o ungido al Pobre crucificado, produce en Jesús esa plenitud ontológica: ese exceso o desbordamiento que supera el marco legal y religioso de su época y aun de la nuestra y que, al dar lugar a la categoría de la "transgresión por desbordamiento de lo divino por encima del marco legal", vulnera todos los modelos "oficiales" de santidad de ayer y de hoy.

¿Podríamos explicar esto mismo con más concreción y por referencia a la historia?

4. Jesús desconcierta porque asume la historia de los hombres y, en esta historia, a partir de la situación de las personas y de los grupos, lucha contra el mal que los amenaza.

La referencia de Jesús a su mundo concreto y a la historia de su tiempo nos orienta hacia tres formulaciones que intentan captar lo específico de la santidad del Mesías. En el fondo apuntan a lo mismo que ya hemos dicho, pero intentan mostrarlo en relación con la historia real de los hombres, vivida también por Jesús.

1. La santidad de Jesús no se realiza al margen de la historia, sino que asume la vida real de su tiempo.

Precisamente en esta historia abre él un nuevo camino de Justicia, una nueva forma de vida, que conduce al Padre a través de la relación positiva con la gente.

Jesús asume la historia: los encuadres históricos -tan precisos y significativos- de Lucas 3,1-2 y de Juan 1,14 ilustran esta cuestión. Jesús es la palabra de Dios que vi-



ve, desde una posición desprovista de los atributos de poder mundano, en tal historia concreta.

Jesús no rehuye los problemas derivados de la historicidad del hombre, sino que los afronta desde su "santa" libertad: Jesús se santifica siendo libre ante Herodes (Lc 13, 32), afrontando el problema político más importante de su época, que consistía en aclarar la relación (¿distinción?, ¿fusión?, ¿incompatibilidad?) entre el reino de Dios y el reino del César romano. En este sentido debe leerse el pasaje del tributo del César (Mt 22,21) primariamente no como un tratado de derecho público, sino como la puesta en relieve de la decisión propia del "santo de Dios" en la que se expresa su libertad *santa*.

Jesús posee un "sentido de la historia"; pero no porque tenga un "concepto" o una "teoría" de ella, sino porque, en primer lugar, tiene en cuenta que la temporalidad es una dimensión inherente a la existencia humana ("Llegará un tiempo...", dice en Mc 2,19 y en Lc 17,22) y, sobre todo, porque -aun sin elucidar cuál es la "sustancia" de la historia y su "motor", pues Jesús no es ni un san Agustín, ni un Hegel o un Marx, *avant la lettre*- él tiene muy claro que la existencia humana puede vivirse como "trascendencia en la historia" o como historia fronteriza a la trascendencia, y esto es importantísimo, porque de esta manera el evangelio aparece como la oferta hecha al hombre para que éste pueda encontrar a Dios a partir de los hechos que vive, pueda desplegar su libertad a partir de tal y tal situación y pueda amar con amor verdadero que llega a su destinatario aun en situaciones críticas (lo cual, naturalmente, va unido con las posibilidades anteriores de relacionarse con Dios por la oración y de desplegar una libertad liberada).

Y todo ello porque Jesús, expresión de la verdad, del amor y de la libertad de Dios, ha entrado en la realidad de nuestra historia y es el horizonte de todas las situaciones que podemos vivir y que adquieren, por referencia a él, sentido y relieve plenamente humanos.

## 2. La santidad de Jesús asume el mal de la historia y

afronta, profética y realmente, los agentes del mal del mundo. La santidad de Jesús no se desarrolla al margen del mal que esclaviza a los hombres, sino en una peculiar antítesis militante y liberadora que pasa por la entrega de la cruz.

Una santidad que no tuviera ninguna relación con los males y miserias que afligen a la gente (en el Alto Egipto, en Nápoles o en cualquier lugar de la tierra) no sería posible. Por eso experimentamos un recelo crítico ante las formulaciones de santidad del tipo "se limitó a cumplir su regla con la gracia de Dios". Cualquier santo cristiano, si analizáramos correctamente su vida, mostraría su semejanza con el Cordero de Dios que "lleva y quita" el pecado del mundo, puesto que la santidad de Jesús entraña este elemento de respuesta al mal y al dolor que de él deriva.

Los tres primeros capítulos de Marcos quieren, premeditadamente, producir en nosotros esta impresión de que la "fuerza" del amor de Dios ha irrumpido en el mundo como un episodio decisivo en la lucha contra el mal. Lo demoníaco del hombre, la enfermedad, la ignorancia, ceden y se retiran afrentados por el "Santo de Dios".

Jesús no se limita a hacer el elogio del hombre ni a poner las bases de una antropología idealista deseosa de hallar la fórmula de la "esencia" del hombre. Esta esencia surge y se dibuja con vigor tanto a partir del hombre entregado por la fuerza del amor fiel como de quien recibe los efectos de este amor verdadero y eficaz.

Jesús parte del hombre concreto, falto de tal o cual atributo que ciertamente pertenece a su humanidad. Y, desde el amor de Dios, rehace al hombre a partir de aquella mengua o déficit que lo desfigura.

Esto nos lleva a la tercera afirmación.

3. Jesús asume la situación concreta de los hombres, se relaciona con ellos y crea en ellos la figura del hombre nuevo llamado a la plenitud, la cual consiste en la semejanza con la imagen de ese hombre nuevo que es Cristo Jesús.

Aquí encontramos algo muy propio de la santidad de Jesús, que yo llamaría la "capacidad de llegar al hombre". Jesús huye de toda ideologización: no construye un sistema coherente basado en unos principios y desarrollado en unas consecuencias que tal vez se van apartando de la experiencia humana.

Jesús experimenta que puede llegar con su palabra al corazón del hombre (Jn 2,25). Y con su acción -con su acción por la que el reino de Dios se hace presente -se acerca allí donde el hombre está falto de pan (la escena en el desierto), de claridad (Nicodemo o la adúltera), de conversión (Zaqueo), de misión y sentido de la vida (los Apóstoles), de personalidad (los endemoniados), de libertad (los fariseos), creando en ellos un sentido nuevo en sus vidas, es decir, cambiando la situación de tales hombres.

Allí donde la ideología es laberinto, el evangelio es atajo hasta el centro del hombre para crear en él la salvación como contenido y horizonte nuevos de la existencia.

Y si en la reflexión anterior surgía el elemento de la transgresión, aunque como algo que no era buscado en sí mismo, sino como efecto del exceso de lo divino y de la libertad de lo divino en Jesús, ahora nos hallamos con una nueva categoría que califica la santidad de Jesús: la "ruptura" que proviene de su lucha contra el mal e, incluso, de su actitud, desarmada pero inequívoca, frente a los agentes del mismo.

Jesús se destaca de la inercia del mundo y, no por conflictividad personal, sino en virtud de la dinámica de la fe, crea una ruptura con el fariseísmo, con la religiosidad del templo y con los poderes establecidos que habían de llevarlo a la cruz.

La cruz constituye, precisamente, la ruptura por excelencia respecto del "curso del mundo". Ella sintetiza, además, todos los elementos de desconcierto que aparecen en la santidad del Mesías.

## 5. Síntesis: la cruz

En definitiva, la síntesis del triple desconcierto creado por Jesús se resume y agudiza en algo mayor aún que el desbordamiento de lo divino, el anonadamiento y la transgresión que llevan a rupturas concretas con el mundo y sus poderes. Es el *escándalo* de la cruz. "Dichosos los que no se escandalizan de mí", exclama Jesús después de evocar la actitud liberadora del Mesías tal como la predice Isaías (Mt 11,6; Lc 7,23).

En la *cruz vemos*, evidentemente, el abajamiento del Señor, *vemos*, igualmente, las consecuencias de la ruptura de Jesús con los poderes establecidos y con la letra de la ley; pero tan sólo podemos *crear y amar* la irrupción de lo divino en ese momento de suprema contradicción e impotencia.

No seríamos consecuentes con lo dicho acerca de la relación de la santidad de Jesús con la historia si viéramos la cruz tan sólo como un estado de sufrimiento. Sería idealismo ahistórico establecer una pura igualdad entre cruz y sufrimiento. La cruz es el sufrimiento causado por el "mundo y la carne" sobre los hombros del justo que comparte con los "no-hombres" el último lugar para sacarlos de ese último lugar (cf. *Gaudium et spes*, n. 38, S 1). Es el sufrimiento del justo Jesús *en cuanto comparte* la suerte de los sin suerte, para lo cual debe salir extramuros de la ciudad, sin respetabilidad y sin dinero: marginado como un condenado a muerte.

Esto es, en sí mismo, escandaloso. Pero el escándalo se convierte en misterio, en misterio de bienaventuranza, cuando *creemos* que la complacencia del Padre se realiza en la cruz. ¡Era necesario que el Mesías padeciera -compartiendo la pobreza de los pobres para enriquecerlos con su vida (cf. 2 Cor 8,9)- y así entrar en la gloria! Sólo a través de este camino podría, finalmente, compartir esa gloria con todos los sufrimientos del mundo.

La santidad de Jesús aparece así, finalmente, como el misterio de la bendición de Dios Padre sobre el Crucificado

y como la "invención" de un camino nuevo y eficaz para que el hombre recupere su libertad, su dignidad humana y su destino de hijo de Dios.

La cruz resume la santidad de Jesús porque es la plasma-ción más radical del último lugar ocupado por "el Santo y el Justo": por el "Autor de la vida" (Hch 3,14-15); expresa con el mayor realismo la maldición que la ley transgredida hace recaer sobre el Justo. Pero es también el resumen de la santidad de Jesús porque sugiere, en la "última palabra" del Crucificado, el acogimiento y la respuesta de vida con la cual el Padre responde al amor fiel y entregado hasta el fin de su Hijo elegido.

Bienaventurado el que no se escandalice y acepte como salvación de Dios el hecho de que Jesús -precisamente por ser el Ungido, el Hijo de Dios- ni quiera ni "pueda" bajar de ese lugar de obediencia al Padre y a los hombres.

Porque Jesús -liberal y piadoso a un tiempo- se ha hecho obediente al querer del Padre no sólo en la oración, sino en la cruz.

En la oración ha contemplado que la voluntad del Padre es un deseo infinito de vida que no tolera que nadie se pierda (cf. Jn 6,39), sino que tengan vida abundante por la entrega personal de un amor verdadero y fiel (cf. Jn 10,10 y 1,14.17b).

En la cruz, Jesús ha aceptado la realización paradójica -sin poder y sin gloria- de esa voluntad que, por ser divina, podrá realizarse en desarme total, sin poder mundano alguno.

Jesús, y con él ya cada hombre, no sólo ha aceptado pasivamente el querer de Dios, sino que lo ha realizado activa, libre y responsablemente por el escándalo de la cruz, entendida como entrega sin medida.

La acción (*poiein*) de Jesús ha sido, en la cruz, tan desarmada como la de Dios mismo. Jesús muestra su divinidad,

y en la cruz del modo más desconcertante, en el hecho de que nunca ha empleado los "poderes" del mundo en su misión y en que ha rechazado consecuentemente toda tentación de utilizarlos. En la cruz de Jesús brilla tan sólo el amor, en toda su "fuerza inerme": en la respuesta de vida que el Padre da a Jesús; en la donación del Espíritu del Resucitado a los hombres, pues esta donación preludia también para nosotros la respuesta de salvación decisiva de Dios, que es la resurrección, ya comenzada en la vida de fe.

No reducimos, con ello, la resurrección a la cruz: reconocemos con "estupor creyente" que el anonadamiento del Hijo es la única base de partida para que la humanidad pueda resucitar y vivir en la "otra orilla" del Padre. Camino de esa orilla, tan sólo el amor que libera (Sal 18,20) es digno de fe.

#### 6. Nota final: consecuencias pastorales

El carácter paradigmático que, para la Iglesia y para los cristianos, tiene la santidad de Jesús, permitiría un amplio desarrollo de las consecuencias pastorales que están implícitas en el tema. Bastará explicitar lo siguiente: la institución de Jesús no puede ser la institucionalización del buen sentido, ni siquiera del buen sentido religioso. No puede presentar la santidad o la vida cristiana como el simple cumplimiento de una regla establecida *a priori*, prescindiendo de la lucha contra el mal que aflige a las personas y prescindiendo de la historia, de luces y sombras, en la que están situadas dichas personas. Esa historia es la que la santidad del cristiano traspasa con el hilo conductor de la trascendencia, esto es, con la señal del paso de Dios.

Podemos desglosar esta idea central en tres afirmaciones:

a) La institución de Jesús no es otra cosa sino la institución del Espíritu, derramado sin medida, según la sobrealbundancia que brota de la cruz. Lo que Cristo instituyó con su plenitud mesiánica, con la donación del Espíritu, es la *Ecclesia orans*.

b) La institución de Jesús no puede compartir más el lugar del César y los primeros puestos del imperio de cada época. El constantinismo, como tentación perenne, consiste en querer sacar la Iglesia del último lugar: de la compañía de los sencillos, faltos de atributos, a los que debe acompañar hasta la medida del hombre nuevo creado en Cristo Jesús. Lo que Jesús instituyó con su anonadamiento es aquella Iglesia por la que pedimos en el Canon II que "llegue" a su perfección por la caridad".

c) La institución de Jesús no es tan sólo la conciencia crítica de la sociedad, sino la profecía en acción de la libertad para los que carecen de ella. La institución de Jesús halla su propia identidad en contacto y relación con los "no hombres", a los que devuelve "curados" a la presencia de Dios y de los hermanos. La Iglesia que instituyó Jesús, hombre libre y obediente al Padre, es el sacramento de salvación del hombre. La acción decisiva de Dios, de la cual la Iglesia es mediadora en el mundo como instrumento del reino, subvierte en flagrante "transgresión" el curso de ese mundo y su inercia de opresión, división y muerte, para crear la corriente de comunión de los hombres con Dios y entre sí.

